



RODOLFO OROZ Y LAS HUMANIDADES EN CHILE

Irma Céspedes Benítez

La Facultad de Historia, Geografía y Letras de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación asume el desafío de un **Congreso de Humanidades** y lo da a conocer a través de la Revista de la Facultad.

Humanismo implica formación del hombre por el hombre. Frente a los cambios de nuestro sistema educacional, es importante detenerse un momento a considerar lo que son las humanidades y el rol que le corresponde al humanista. Y nada parece más oportuno que recordar a los auténticos humanistas que fueron los formadores de profesores en el antiguo Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, hoy Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Entre ellos deseo destacar a ese verdadero modelo de humanista que fuera Rodolfo Oroz Scheibe.

Era una mañana de marzo de 1948. Tras mis estudios de Humanidades, había ingresado en la Universidad de Chile para estudiar Pedagogía en Castellano. Con más de cien bulliciosos compañeros ocupamos alborozados el gran teatro y salón de actos que ocupaba el tercer piso de la casona de Cumming con Alameda donde, bajo el alero de la Universidad de Chile, funcionaba el Instituto Superior de Humanidades, formador de profesores y de investigadores.

Parsimonioso, grave, llegó un profesor, con una sonrisa muy especial en el rostro. Reposadamente subió las gradas del *podium*. Se sentó y en el profundo silencio, que con sólo su presencia nos había impuesto, con voz armoniosa y bien timbrada, empezó a leer su clase. Imperturbable ante el estupor de sus noveles estudiantes.

Cumplido el lapso de su lección, con la misma calma y digno continente, cerró sus apuntes, descendió del estrado, cruzó el anfiteatro y desapareció tras la puerta, dejándonos en la más profunda consternación: su clase había sido de tal profundidad y nivel de abstracción que habíamos comprendido muy poco; por otra parte, toda la bibliografía que nos había señalado estaba en alemán, inglés, francés y otras lenguas. A la tímida pregunta ¿No hay traducciones en castellano?, la olímpica respuesta ¡Un alumno universitario de calidad, debe dominar por lo menos, otras dos lenguas aparte de la propia!... Y lo decía con la autoridad que le daba su profundo conocimiento de lenguas romances, anglosajonas, latín, griego... ¡Jamás habría pedido nada que primero no se hubiera exigido él mismo!

La misma actitud y nivel de exigencia mantenía en las diferentes cátedras que dictaba. Si bien, a medida que subíamos de nivel académico, la relación, paulatinamente, se fue haciendo cada vez más cordial y personal.

Con él aprendimos verdadero rigor y consecuencia en el hacer académico. Con su actitud, sin palabras, nos enseñó dignidad y mesura, respeto y admiración por el trabajo universitario. Con su exigencia nos obligó a desarrollar pensamiento independiente, reflexivo y crítico. Nos impuso, sin pedirlo verbalmente, un mínimo nivel de autoexigencia y despertó en nosotros el orgullo de saber.

Contribuyó, con su docencia, a hacernos más conscientes del ser hombres. Profesor de lingüística y de latín, logró generar en nosotros, sus alumnos, el sentido lingüístico, más

aún, el amor por la lengua y por el decir lo que se tiene que decir cuando hay algo que decir: no la palabrería inútil sino la parquedad elocuente.

Supo ponernos en contacto con la lengua y la literatura latinas, espigando en los autores romanos aquellos textos que se adecuaban mejor a nuestro nivel de ignorancia y poniéndolos en nuestras manos en sus *Ejercicios Latinos*, para cursos de humanidades y universitarios (1932, 1945, 2ª edición), que merecieran elogiosos comentarios en su época como una selección realizada con criterio de maestro, a la vez que con rigurosidad científica. Anteriormente había publicado, con la misma finalidad, una *Antología latina* (1927), en la que cronológicamente seleccionó lo más bello y perfecto que se escribiera en la lengua del Lacio. Su *Gramática latina*, con notas lingüísticas (1932) que aplicaba el método histórico comparado en la descripción de la estructura de la lengua latina, fue eficaz apoyo para esta formación lingüística de alto nivel que el Doctor Oroz impuso en sus cátedras. Bien podemos llamarlo Profesor de humanidad antes que de las materias que nos trasmitió.

Con su enseñanza tomamos conciencia de que si bien era cierto que los conquistadores hispanos importaron con su cultura, lengua y literatura un humanismo cristiano similar al español, no era menos cierto que el humanismo propiamente tal en Chile, se cultivaría siguiendo la línea que implantara don Andrés Bello.

Continuadores de la tradición de Bello e innovadores en la búsqueda de nuestra propia cultura fueron Federico Hanssen y Rodolfo Lenz, formados en los valores del humanismo clásico con la exigente formación alemana de comienzos de siglo. Con ellos el Dr. Rodolfo Oroz dejará su impronta humanista en Chile.

Rodolfo Oroz Scheibe, descendiente de educadores por línea paterna y materna, nació el 8 de julio de 1895. En 1901, por grave enfermedad de su hermano mayor, su madre se radicó en Leipzig y en esa ciudad realizó el joven chileno, con gran éxito, sus estudios en la *Petrishule, Städtisches Realgymnasium*, luego en la Universidad de Leipzig, hasta que se doctoró en 1922. Dos años antes había obtenido el título de profesor en inglés, alemán, francés y geografía.

Formado en el rigor de la educación germana, bebió desde su infancia los valores de las humanidades latinas. Consciente de que su trabajo académico era necesario en Chile, pese a la promisoría carrera académica que se le ofrecía en la universidad germana donde se había destacado como excelente alumno, abandonó Leipzig para volver a su tierra natal. En 1923 el Director del Instituto Pedagógico, don Enrique Nercasseau y Morán, lo nombró Profesor de Literatura Grecolatina y de Latín. Se abrió para el joven la posibilidad de entregar parte de esa formación humanista que había recibido en Alemania y cuyos valores quiso dejar como legado imperecedero a través de sus cátedras en la Universidad de Chile.

En 1925, cuando el profesor Lenz jubiló, se llamó a concurso la cátedra de Gramática Histórica Castellana, que tenía gran prestigio porque la habían desempeñado los doctores Federico Hanssen y Rodolfo Lenz. El joven Oroz se presentó y ganó fácilmente el concurso, demostrando su excelente preparación. También sucedió al Dr. Lenz en su cátedra de Gramática Histórica Castellana.

Entre 1933 y 1944 se desempeñó como Director del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En 1956 se le designó Director del Instituto de Investigaciones Histórico Culturales de la Universidad de Chile, cargo que ocupó hasta 1968. A través de sus cátedras y de estos

cargos, incentivó las humanidades -el viejo Pedagógico era en verdad, un Instituto Superior de Humanidades como rezaba la placa colocada en el frontis del establecimiento-, el estudio serio, crítico y reflexivo; con su ejemplo formó investigadores quienes con su labor, tesón y trabajo, difunden hasta el día de hoy el pensamiento académico humanista centrado en el conocimiento y amoroso dominio de la lengua, tanto en su aspecto gramatical y de uso, cuanto en lo estilístico y estético.

Era un auténtico maestro y tan importante era lo que enseñaba en las áreas de su especialidad como los ejemplos de excelencia humana que con su actitud nos entregaba. Nos enseñó a abrir puertas, a construir puentes, a levantar y retirar barreras, en síntesis, a superar límites. Era un humanista en el más amplio sentido de la palabra: por la latitud infinita de sus conocimientos, por su filosofía y postura vital, por su capacidad de entregarse, respetar y transmitir su saber a todos cuantos conocía y trataba, por su compromiso académico y sobre todo por su incomparable amor a la lengua y a las bellas letras. Todo esto forma parte del legado que quiso y supo entregarnos. Con él aprendimos muchas cosas; y por sobre todas nos enseñó a valorar la palabra, el verbo.

En el Génesis, la tradición bíblica nos narra cómo Dios creó al primer hombre, formando con sus manos de alfarero una estatuilla de barro e insuflándole su aliento. Adán en hebreo significa tierra roja. Como todo ser que nace y vive en el planeta, estamos estructural, constitucionalmente unidos a ella, a la tierra. Aunque lo olvidemos y tal vez lo rechacemos; somos hijos de la tierra. Somos mapuches, gentes de la tierra. Tal vez el hombre blanco no lo sepa, quizá lo obvió por insignificante para él; en tanto que, plena conciencia de ello, conserva el hombre primitivo, el indígena americano y también todo humanista. Hechos de barro, de tierra, de *humus* en latín de donde deriva *homo - hominis*, de cuyo acusativo *hominem* nace el castellano hombre. Riquísimas etimologías que aprendí del Maestro de Humanidad que fuera Oroz juntamente con la riqueza de significados posibles que por su origen la palabra conlleva, y que nos abre universos infinitamente enriquecedores para nuestra conciencia.

De *homo* derivan *humanus* y *humanitas* entre muchas otras palabras. Según el Diccionario Latino Español Etimológico de Raimundo de Miguel y el Marqués de Morante (Madrid, Sáenz de Jubera editores, 1908, 13ª edición corregida y aumentada, p.430), el primero significa según Cicerón: 'Humano, lo perteneciente al hombre y a la naturaleza humana; apacible, afable, benigno; culto, erudito en las bellas letras, en las humanidades' y en el mismo artículo, llama *humanus cultus* a 'la cultura, la civilización'.

Humanitas aparece definido, conforme el mismo Cicerón como 'Humanidad, la naturaleza humana, la condición de los hombres; afabilidad, cortesía, dulzura, suavidad; la erudición y bellas letras' (Ibídem, p.430). El trabajo consciente del hombre sobre sí mismo, sobre su naturaleza terrena - valga la polisemia -, es el dominio y señorío del espíritu sobre la materia.

Con su ser de tierra el hombre conquista la humanidad. Así lo intuyó el primitivo habitante de Roma, el campesino que amaba su tierra y que en el trabajo de la sementera, en la agricultura, ejemplificó y realizó el trabajo del espíritu. Así como cultivaron la tierra también cultivaron el espíritu. Asimilaron la cultura griega, marcándola con sello propio. Llamaron *humanus* al comportamiento refinado, educado, bondadoso, amable. Lo humano caracteriza al hombre que es capaz de asumir trascendencia, bondad, mansedumbre, dominando su naturaleza inferior que lo arrastra a la degradación con impulsos animales, con brutalidad, violencia y desmesura.

Destino del hombre en la tierra es redimir el *humus*, la tierra fértil que lo conforma para trasmutarlo en oro de espíritu, de ese espíritu divino que le fuera insuflado en sus orígenes y que en el hombre es palabra, proporción, armonía: es belleza. Para eso nos fue dado el soplo que anima, en hebreo *ruah*, en griego, *psiché*, en latín *anima*. Proveniente del griego *anemos*, 'viento', *anima* significa simplemente algo muy concreto: 'Aire, corriente de aire, viento; soplo respiración (las más veces poético); El aire considerado como elemento; El aire respirado, soplo, aliento (en sentido concreto); Fuerza vital, principio de la vida, la vida, el alma (muy frecuente y muy clásico)' (Ibídem, p.58). En castellano, alma que, racionalizado, como concepto se ve despojado de su arraigo concreto a la tierra y en su abstracción, introduce la duda en su existencia: 'Substancia espiritual e inmortal, capaz de entender, querer y sentir, que informa al cuerpo humano, y con él constituye la esencia del hombre. (...) /5 Por extensión, principio sensitivo que da que da vida e instinto a los animales, y vegetativo que nutre y acrecienta las plantas. /6 figurado. Persona, individuo/ 7 figurado. Substancia o parte principal de cualquiera cosa. (...) /9 figurado. Viveza, espíritu, energía(...) /11 figurado. Lo que da espíritu, aliento y fuerza a alguna cosa...' En esta definición académica se olvidó totalmente la relación primera: aire, espíritu.

En el continuo trabajo del (y con el) maestro y humanista, aprendimos a valorar la bondad, cortesía, refinamiento que son fruto del arduo trabajo interno, espiritual; la autoexigencia que permite la elevación, la constancia y la perseverancia que hacen del estudio una labor fructífera, enriquecedora, el férreo control de sí mismo y la organización del tiempo; valoramos el rigor y la disciplina del estudioso, el orden y la perseverancia en la investigación, la afabilidad, tolerancia con que se dirigía a todos: el respeto por el colaborador y por el discípulo.

Nos admiró su genuina sencillez y su gran sentido de humor. Condiciones espirituales que revelan el intenso esfuerzo y la permanente voluntad con que este hombre sabio trabajó su humana condición para trasmutarla en oro de espíritu y llegar a ser un auténtico y ejemplar humanista, haciendo suyos los ideales clásicos para transmitirlos con su presencia y con su palabra, revelando con su hacer la extraordinaria riqueza de su ser. Perfección humana que implica además de las virtudes anotadas, el cultivo del conocimiento, del saber, de las Ciencias y de las Letras. Perfección moral y perfección intelectual que incitan al hombre a buscar el bien, la verdad y la belleza, no sólo para sí mismo, sino para toda su comunidad.

Elegancia, disciplina y rigor son indiscutiblemente virtudes notables en sus numerosísimos trabajos, ensayos e investigaciones, a la vez que notas relevantes de su vida personal. Elegancia en el decir, disciplina en el pensar e investigar, rigor científico para planificar y proyectar su obra se conjugan en la integridad, laboriosidad y consecuencia de su labor académica.

Estudió con amor la palabra en todas sus formas: culta, popular, antigua, moderna, en sus ancestros latinos e indogermánicos, en su evolución y proyección temporal. Testimonio de ello dan sus numerosos trabajos científicos que revelan acuciosa investigación en los campos lingüístico, estilístico, filológico y gramatical. En sus ensayos se advierte la mirada analítica del científico que con amorosa fruición capta el detalle que merece estudiarse; con paciente esmero desbroza el camino hasta que emerge lo esencial, lo revelador, lo que su intuición había captado. Su método, científico por definición, eminentemente objetivo y descriptivo, va del estudio y análisis del texto a la formulación de hipótesis que luego

demostrará con ejemplos que el análisis previo le proporcionara. Cada uno de sus trabajos entrega un excelente modelo de investigación seria y responsable.

Este maestro en el estudio y en la investigación literolingüística, lexicográfica, gramatical, semántica, estilística, fue también maestro de vida ejemplar, tanto por su hacer académico como por su actitud personal y su relación familiar. No podía ser de otra manera por cuanto aprendió del mundo latino los valores y virtudes que la cultura romana exaltó.

Su formación humanista clásica acrisoló en él las virtudes que fueran caras a griegos y romanos. **Virtud** es valor, ánimo, espíritu, valentía, poder, pero sobre todo connota la fortaleza, la fuerza del hombre, es el valor propio del vir, del varón romano esencial. Excelencias de carácter, basadas en la **fe** en sí mismo, garantía cierta del cumplimiento de toda promesa, de todo compromiso; la certeza, la seguridad plena de que la palabra empeñada se cumple, porque es sagrada, compromete a la esencia misma de ser hombre; no cumplirla sería autodestruirse, negarse a sí mismo.

Sólo la **piEDAD**, entendida por los romanos como respeto, devoción, amor a los padres, a los parientes y amigos, a los mayores, a la patria, puede dar fuerzas para cumplir esa fe. De allí la elección juvenil de Oroz que lo comprometió a retornar a su patria para enriquecerla con su aporte, entregarle su esfuerzo tesonero y aportar su ciencia, su **disciplina** que, en cuanto virtud, es la sumisión a las reglas para conquistar sabiduría y conocimiento. La disciplina hace invencible al hombre en su realización existencial y corona la vida con el triunfo conquistado por la obediencia a la propia vocación.

Austeridad de vida, moderación en el uso de las cosas, miramiento y consideración para con los demás, para no deslustrar el merecimiento de los otros, revelan su **mesura**, su **parsimonia** que le permitió siempre ser ecuánime, comprensivo y bondadoso.

Nadie que se dedique al estudio y valoración de la lengua hispana puede desconocer el mérito y aporte de sus numerosas investigaciones que avalan su hacer investigativo. No tendríamos espacio para mencionarlas todas. Apreciadas por investigadores nacionales y extranjeros, han sido recogidas, comentadas en las Bibliografías analítico críticas que, en su homenaje, periódicamente se han publicado en el Boletín de Filología # 8 (1922-1955, pp.481-516), Lengua, Literatura y Folklore,(Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, Santiago, Universitaria 1967, pp.1-11), Anales de la Universidad de Chile (Quinta Serie #5, 1984, pp.31-67). Sin embargo deseamos destacar la edición de El Vasauo de Pedro de Oña (Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1941), la edición bilingüe de la Historia de Apolonio de Tiro, Santiago, Instituto de Investigaciones Histórico Culturales de la Universidad de Chile, s/a), La lengua castellana en Chile (Santiago, Universitaria, 1966) y sus Estudios Mistralianos (Santiago, Instituto de Chile, 1995).

Quiero compartir con ustedes, antes de terminar este recuerdo del Maestro, un poema, escrito en su juventud, en Leipzig. Pudoroso y delicado en su sentir su obra poética permanece inédita, en viejos manuscritos, quizá olvidados. Escuchemos con qué delicadeza y sensibilidad su alma se expresa con contenida emoción:

Al 24 de enero.

Es noche de invierno otra vez, fría y clara.
Solitario hoy me marchó sobre el campo blanco.

Otra vez es como era entonces.

Estrellado el oscuro firmamento.

Y yo me acuerdo de ti y del tiempo feliz
Cuando a ambos dos se nos abrió el cielo

Y en inocencia y en timidez gozamos

La pura dicha del primer amor...

Empero, lo que ha sido - ¡ha pasado!-

Mi dolor es profundo e infinito

¿Qué me libra de locura fiera?

¡Vivir quiero! ¡Vivir es olvidar!

El hombre está hecho para el olvido. Lo que no impide la punzante lacerada del recuerdo. En el retorno cíclico del tiempo está inscrita la soledad eterna de ese primer descubrimiento del amor... Aunque el amor haya estado siempre presente en la vida de este hombre excepcional, el recuerdo del primer amor se eterniza junto a una decisión que una vez más revela su virtud primera: la medida, la templanza, clásica virtud alquímica tan cara al hombre antiguo y al medieval, y junto a ella el compromiso con la vida y consigo mismo que Rodolfo Oroz supo encarnar con sabiduría ejemplar.

Rodolfo Oroz no ha muerto. Como Bello, Hanssen y Lenz vivirán en la tradición lingüística y filológica que supieron legarnos. Lo que llamamos nuestras humanidades fueron diseñadas por auténticos humanistas que fueron ejemplo de sabiduría y de autenticidad humana. Han plasmado un ideal sobre el cual debemos reflexionar y tener presente en nuestro hacer de maestros y así, más allá del pragmatismo y tecnología "de punta" podamos salvaguardar lo único que importa: la misión del hombre de hacer humano el mundo en que vive.

El estudio humanista implica la forja de un hombre pleno que desarrolle en sí el compromiso con la vida y con el otro, con profundo sentido de trascendencia. Las humanidades no son en sí y por sí; son los hombres, los **humanistas** quienes encarnan y hacen vivir las humanidades y, en calidad de tal, proyectan su calidad al mundo y lo hacen más humano. El profesor Oroz, el Maestro, fue uno de ellos.